



Gibrán Khalil Gibrán

El dios bueno y el dios malo

El Dios Bueno y el Dios Malo se entrevistaron en la cima de la montaña.
-Buenos días, hermano -dijo el Dios Bueno. El Dios Malo no contestó el saludo.
Y el Dios Bueno prosiguió: -Estás hoy de mal humor.
-Si -dijo el Dios Malo-, porque últimamente me confunden contigo, me llaman por tu nombre y me tratan como si fuera tú, y esto me desagrada mucho.
--Pues has de saber que también a mi me han llamado por tu nombre -dijo el Dios Bueno.
Al oír esto, el Dios Malo siguió su camino, y se fue maldiciendo la estupidez de los hombres.

DERROTA

Derrota, mi derrota, mi soledad y mi aislamiento: Para mí eres más valiosa que mil triunfos,
Y más dulce para mi corazón que toda la gloria mundanal.
Derrota, mi derrota, mi conocimiento de mi mismo y mi desafío.
Tú me has enseñado que soy joven aún y de pies ligeros y a no dejarme engañar por laureles vanos.
Y en ti he encontrado la dicha de estar solo Y la alegría de ser alejado y despreciado.

Derrota, mi derrota, mi fulgurante espada y mi escudo:
En tus ojos he leído que ser entronizado es ser esclavizado, y que ser
comprendido es ser derribado.
Y que ser apresado es llegar a la propia madurez Y como un fruto maduro, caer y
ser objeto de
consumo.
Derrota, mi derrota, mi audaz compañera:
Oirás mis cantos, mis gritos y silencios, y nadie mas que tú me hablará del
batir de las alas. De la
impetuosidad de los mares. Y de montañas que arden en la noche.
Y sólo tú escalarás mi inclinada y rocosa alma. Derrota, mi derrota, mi valor
indómito inmortal. Tú
y yo iremos juntos con la tormenta.
Y juntos cavaremos tumbas para todo lo que muere en nosotros. Y hemos de
erguirnos al sol, como
una sola voluntad. Y seremos peligrosos.

LA NOCHE Y EL LOCO

Soy como tú, ¡oh Noche!, oscuro y desnudo; camino por la flameante senda que
está por encima de
mis sueños diurnos, y siempre que mi planta toca la tierra brota de ella un
roble.
-No; no eres como yo, ¡oh Loco!, pues aún te vuelves a ver cuán grande es la
huella de tus pasos en
la arena.
-Soy como tú, ¡oh Noche!, silente y profundo, y en el corazón de mi soledad yace
una diosa en
trabajo de parto; y en el ser que de ella está naciendo el Cielo toca al
infierno.
-No; no eres como yo, ¡oh Loco!, pues te estremeces aún antes de sentir el
dolor, y el canto del
abismo te aterroriza.
-Soy como tú, ¡oh Noche!, salvaje y terrible; pues mis oídos perciben los gritos
de naciones
conquistadas y suspiros de olvidadas tierras.
-No; no eres como yo, ¡oh Loco!, pues aún consideras a tu pequeño ego un
compañero, y no puedes
ser amigo de tu monstruoso ego.
-Soy como tú, ¡oh Noche!, cruel y terrible, pues mi pecho está alumbrado por
barcos que arden en el
mar, y mis labios están húmedos de sangre de guerreros degollados.
-No; no eres como yo, ¡oh Loco!, pues aún está en tí el anhelo de encontrar a tu
alma gemela, y no has
llegado a ser ley para ti mismo.
-Soy como tú, ¡oh Noche!, gozoso y alegre; pues quien mora en mi sombra está
ahora ebrio de vino
virgen, y quien me sigue va pecando con regocijo.
-No; no eres como yo, ¡oh Loco!, pues tu alma está envuelta en el velo de los
siete pliegues, y no llevas

en la mano el corazón.

-Soy como tú, ¡oh Noche!, paciente y apasionado; pues en mi pecho están enterrados mil amantes muertos, envueltos en sudarios de marchitos besos.

Loco, ¿de veras piensas que eres como yo? ¿Te pareces a mí? ¿Puedes cabalgar en la tempestad como un

potro salvaje, y asir el relámpago cual si fuera una espada?

-Sí; como tú, ¡oh Noche!, como tú, soy poderoso y alto, y mi trono se asienta sobre montañas de dioses caídos; y también ante mí desfilan los días para besar la orla de mi veste, sin atreverse a mirarme al rostro.

-¿Piensas que eres como yo, tú, el hijo de mi más oscuro corazón? ¿Puedes pensar mis indómitos

pensamientos y hablar mi vasto lenguaje?

-Sí; somos hermanos gemelos, ¡oh Noche!; pues tú revelas el espacio, y yo revelo mi alma.

ROSTROS

He visto un rostro con mil semblantes, y un rostro que tenía sólo un semblante, como si estuviera

contenido en un molde inmutable.

He visto un rostro cuyo brillo podía ver a través de la fealdad que lo cubría, y un rostro cuyo brillo tuve

que apartar, para ver cuán hermoso era.

He visto un viejo rostro lleno de arrugas de la nada, y un rostro lozano en el que estaban grabadas todas

las cosas. Conozco todos los rostros, porque los veo a través de la urdimbre que mis ojos van tejiendo, y

miro la realidad que está detrás del tejido.

EL MAR MAYOR

Mi alma y yo fuimos a bañarnos al gran mar. Y al llegar a la playa, empezamos a buscar un sitio solitario

y escondido.

Pero mientras caminábamos por la playa vimos a un hombre sentado en una roca gris, que tomaba de un

saco puñados de sal y los arrojaba al mar.

-Este es el pesimista -dijo mi alma-. Vámonos de aquí, pues no podemos bañarnos en presencia del

pesimista. Seguimos caminando, hasta llegar a una caleta; allí vimos, de pie en una roca blanca, a un

hombre que llevaba un cofre enjovado, del que tomaba azúcar para arrojársela al mar.

-Y este es el optimista -dijo mi alma-, tampoco él debe ver nuestros cuerpos desnudos.

Seguimos caminando. Y en otro lugar de la playa vimos a un hombre que tomaba con la mano peces

muertos, y los devolvía al agua.

-Tampoco podemos bañarnos enfrente de este hombre -dijo mi alma-, pues este es el filántropo.

Y seguimos nuestro camino.

Luego nos encontramos a un hombre que trazaba el contorno de su sombra en la arena. Llegaban grandes

olas y borrraban el trazo; sin embargo, aquel hombre seguía una y otra vez dibujando su sombra.

-Este es el místico -dijo mi alma-. Apartémonos de él.

Y seguimos caminando, hasta que en otra calmada ensenada vimos a otro hombre, que recogía espuma

del mar y la vertía en un vaso de alabastro.

-Este es el idealista -dijo mi alma-. De ninguna manera debe ver nuestra desnudez.

Y seguimos caminando. De pronto, oímos una voz, que gritaba:

- ¡Este es el mar; el vasto y poderoso mar!

Y al acercarnos vimos que era un hombre que daba la espalda al mar y que aplicaba un caracol a su oído,

para oír el murmullo marino.

-Pasemos de largo -dijo mi alma-. Este es el realista; el que da la espalda a todo lo que no puede

abarcarse de una mirada, y se contenta con un fragmento del todo.

Y pasamos de largo. Y en un lugar lleno de maleza, entre las rocas, un hombre había enterrado su

cabeza en la arena. Y le dije a mi alma:

-Nos podemos bañar aquí, pues este hombre no puede vernos.

-No -dijo mi alma-. Porque éste es el más mortífero de todos los hombres; es el puritano. -Luego,

una gran tristeza se reflejó en el rostro de mi alma, y también entristeció su voz. -Vámonos de aquí -

dijo-. Pues no hay ningún solitario y oculto lugar donde podamos bañarnos. No dejaré que este

viento juegue con mi cabellera de oro, ni dejaré que este viento acaricie mi seno desnudo, ni que

esta luz descubra mi sagrada desnudez.

Y luego abandonamos aquel mar, para ir en busca del Mar Mayor.

CRUCIFICADO

- ¡Quisiera ser crucificado! -grité a los hombres.

-¿Por qué habría de caer tu sangre sobre nuestras cabezas? -me respondieron.

Y yo respondí:-¿De qué otra manera podríais ser exaltados, sino crucificando a los locos?

Y ellos asintieron, y me crucificaron. Y la crucifixión me apaciguó.

Y cuando pendía entre el cielo y la tierra alzaron la cabeza para mirarme. Y estaban exaltados,

pues nunca habían alzado la cabeza.

Pero mientras estaban allí, en pie, mirándome, uno de ellos gritó:

-¿Qué estás tratando de expiar?

Y otro hombre gritó:-¿Por qué causa te sacrificas?

Y un tercer hombre dijo: -¿Crees que a ese precio adquirirás la gloria del

mundo?

Y luego dijo un cuarto hombre:- ¡Mirad cómo sonrío! ¿Puede perdonarse tal dolor?

Y yo les contesté a todos, diciendo:

-Recordad sólo que he sonreído. No estoy expiando nada, ni sacrificándome, ni deseo la gloria: y

no tengo que perdonar nada. Yo tenía sed y les supliqué me dieran de beber mi sangre. Porque, ¿qué

puede saciar la sed de un loco, sino su propia sangre? Estaba yo mudo, y les pedí que me hirieran,

para tener bocas. Estaba yo prisionero en vuestros días y en vuestras noches, y busqué una puerta

hacia más vastos días y más vastas noches.

"Y ahora, me voy, como se han ido ya otros crucificados. Y no penséis que nosotros los locos

estamos cansados de tanta crucifixión. Pues debemos ser crucificados por hombres cada vez más

grandes, entre tierras más vastas y cielos más espaciosos.

EL ASTRÓNOMO

A la sombra del templo mi amigo y yo vimos a un ciego, sentado allí, solitario.

-Mira -dijo mi amigo-: ese es el hombre más sabio de nuestra tierra.

Me separé de mi amigo y me acerqué al ciego. Lo saludé. Y conversamos.

Poco después le dije:

-Perdona mi pregunta: ¿desde cuándo eres ciego? -Desde que nací -fue su respuesta.

-¿Y qué sendero de sabiduría sigues? -le dije entonces.

-Soy astrónomo -me contestó el ciego. -Luego, se llevó la mano al pecho, y dijo:-Sí; observo

todos estos soles, y estas lunas, y estas estrellas.

EL GRAN ANHELO

Aquí estoy, sentado entre mi hermana la montaña y mi hermana la mar.

Los tres somos uno en nuestra soledad, y el amor que nos une es profundo, fuerte y extraño. En

realidad, este amor es más profundo que mi hermana la mar y más fuerte que mi hermana la montaña,

y más extraño que lo insólito de mi locura.

Han pasado eones y más eones desde que la primera alborada gris nos hizo visibles uno al otro; y

aunque hemos visto el nacimiento, la plenitud y la muerte de muchos mundos, aún somos vehementes

y jóvenes.

Somos jóvenes y vehementes, y no obstante estamos solos y nadie nos visita, y a pesar de que

yacemos en un abrazo casi completo y sin trabas, no hemos hallado consuelo.

Pues, decidme: ¿qué

consuelo puede haber para el deseo controlado y la pasión inexhausta? ¿De dónde vendrá el flamígero

dios que dé calor al lecho de mi hermana la mar? ¿Y qué torrentes aplacará el fuego de mi hermana la montaña? ¿Y qué mujer podrá adueñarse de mi corazón? En el silencio de la noche, en sueños, mi hermana la mar susurra el ignoto nombre del dios flamígero, y mi hermana la montaña llama a lo lejos al fresco y distante dios-torrente. Pero yo no sé a quién llamar en mi sueño. Aquí estoy sentado, entre mi hermana la montaña y mi hermana la mar. Los tres somos uno en nuestra soledad, y el amor que nos une es en verdad profundo, fuerte, y extraño...

DIJO UNA HOJA DE HIERBA

Dijo una mata de hierba a una hoja de otoño:
- ¡Al caer haces tanto ruido, que espantas a todos mis sueños invernales!
-Ser de baja cuna y de miserable morada -dijo la hoja, indignada-, ser malhumorado y sin canto: ¡tú no vives en la región alta del aire, y desconoces el sonido del canto! Luego, la hoja de otoño cayó sobre la tierra, y se durmió. Y al llegar la primavera, la hoja despertó nuevamente, y se convirtió en una mata de hierba. Y cuando el otoño llegó, y la mata de hierba comenzó a adormecerse con el sueño invernal, las hojas del otoño, meciéndose en el viento, iban cayendo sobre ella. Entonces se dijo, enojada: "¡Ah, estas hojas de otoño! ¡Cuánto ruido hacen! ¡Espantan a todos mis sueños invernales!"

EL OJO

Un día dijo el Ojo:
-Más allá de estos valles veo una montaña envuelta en azul velo de niebla. ¿No es hermosa?
El Oído oyó esto, y tras escuchar atentamente otro rato, dijo:
-Pero; ¿dónde está esa montaña? No la oigo... Luego, la Mano habló, y dijo:
-En vano trato de sentirla o tocarla; no encuentro ninguna montaña.
Y la Nariz dijo:
-No hay ninguna montaña por aquí; no la huelo.
Luego, el Ojo se volvió hacia el otro lado, y los demás sentidos empezaron a murmurar de la extraña alucinación del Ojo. Y decían entre sí: " ¡Algo debe de andar mal en el Ojo!"

LOS DOS ERUDITOS

Vivían en la antigua ciudad de Aflcar dos eruditos que odiaban y despreciaban cada uno el saber del otro: Porque uno de ellos negaba que los dioses existieran, y el otro era creyente. Un día ambos se encontraron en el mercado, y en medio de sus partidarios

empezaron a discutir
acerca de la existencia o de la no existencia de los dioses. Y separáronse tras
horas de acalorada
disputa.

Aquella noche, el incrédulo fue al templo y se postró ante el altar, y pidió a
los dioses que le
perdonaran su antigua impiedad.
Y a la misma hora, el otro erudito, el que había defendido la existencia de los
dioses, quemó todos
sus libros sagrados, pues se había convertido en incrédulo.

CUANDO NACÍÓ MI TRISTEZA

Cuando nació mi Tristeza, le prodigué mil cuidados, y la vigilé con amorosa
ternura.

Y mi Tristeza creció como todos los seres vivientes, fuerte y hermosa y llena de
maravillosas
gracias.

Y mi tristeza y yo nos amábamos, y amábamos al mundo que nos rodeaba. Pues mi
Tristeza era de
corazón bondadoso, y el mío también era amable cuando estaba lleno de Tristeza.
Y cuando hablábamos, mi Tristeza y yo, nuestros días eran alados y nuestras
noches estaban
engalanadas de sueños; porque mi Tristeza era elocuente, y mi lengua también era
elocuente con la
Tristeza.

Y cuando mi Tristeza y yo cantábamos juntos, nuestros vecinos sentábanse a la
ventana a
escucharnos; pues nuestros cantos eran profundos como el mar, y nuestras
melodías estaban
impregnadas de extraños recuerdos.

Y cuando caminábamos juntos, mi tristeza y yo, la gente nos miraba con amables
ojos, y
cuchicheaba con extremada dulzura. Y también había quien nos envidiara, pues mi
Tristeza era un ser
noble, y yo me sentía orgulloso de mi Tristeza. Pero murió mi Tristeza, como
todo ser viviente, y me
quedé solo, con mis reflexiones.

Y ahora, cuando hablo, mis palabras suenan pesadas en mis oídos.

Y cuando canto, mis vecinos ya no escuchan mis canciones.

Y cuando camino solo por la calle, ya nadie me mira. Sólo en sueños oigo voces
que dicen
compadecidas: "Mirad: allí yace el hombre al que se le murió su Tristeza".

Y CUANDO NACÍÓ MI ALEGRÍA...

Y cuando nació mi Alegría, la alcé en brazos y subí con ella a la azotea de mi
casa, a gritar:

- ¡Venid, vecinos! ¡Venid a ver! Porque hoy ha nacido mi Alegría: venid a
contemplar este ser

placentero que ríe bajo el sol.

Pero qué grande mi sorpresa porque ningún vecino mío acudió a contemplar mi Alegría.

Y todos los días, durante siete lunas, proclamé el advenimiento de mi Alegría desde la azotea de mi

casa, pero nadie quiso escucharme. Y mi Alegría y yo estábamos solos, sin nadie que fuera a visitarnos.

Luego, mi Alegría palideció y enfermó de hastío, pues sólo yo gozaba de su hermosura, y sólo mis labios besaban sus labios.

Luego, mi Alegría murió, de soledad y aislamiento.

Y ahora sólo recuerdo a mi muerta Alegría al recordar a mi muerta Tristeza. Pero el recuerdo es una hoja de otoño que susurra un instante en el viento, y luego no vuelve a oírse más.

"EL MUNDO PERFECTO"

Dios de las almas perdidas, tú que estás perdido entre los dioses, escúchame:

Vivo entre una raza de hombres perfecta, yo, el más imperfecto de los hombres.

Yo, un caos humano, nebulosa de confusos elementos, deambulo entre mundos perfectamente

acabados; entre pueblos que se rigen por leyes bien elaboradas y que obedecen un orden puro, cuyos

pensamientos están catalogados, cuyos sueños son ordenados, y cuyas visiones están inscritas y registradas.

Sus virtudes, ¡oh Dios!, están medidas, sus pecados están bien calculados por su peso, y aun los

innumerables actos que suceden en el nebuloso crepúsculo de lo que no es pecado ni virtud están

registrados y catalogados.

En este mundo, las noches y los días están convenientemente divididos en estaciones de conducta y están

governados por normas de impecable exactitud.

Comer, beber, dormir, cubrir la propia desnudez, y luego cansarse, todo a su debido tiempo.

Trabajar, jugar, cantar, bailar, y luego yacer tranquilo, cuando el reloj da la hora para ello.

Pensar esto, sentir aquello, y luego dejar de pensar y de sentir cuando cierta estrella se alza en el horizonte.

Robar al vecino con una sonrisa, dar regalos con un gracioso ademán, elogiar prudentemente, acusar con

cautela, destruir un alma con una palabra, quemar un cuerpo con el aliento, y luego lavarse las manos,

cuando se ha terminado el trabajo del día.

Amar según el orden establecido, entretenerse en lo mejor de uno mismo según cierta manera

prefabricada, rendir culto a los dioses con el debido decoro, intrigar y engañar a los demonios diestramente,

y luego olvidarlo todo, como si la memoria hubiese muerto.

Imaginar con un motivo determinado; proyectar con consideración; ser feliz dulcemente; sufrir con

nobleza; y luego, vaciar la copa, de manera que mañana podamos llenarla otra vez.

Todas estas cosas, ¡oh Dios!;, están concebidas con preclara visión, han nacido con un propósito firme,

se mantienen con esmero y exactitud, se gobiernan según las normas y la razón, y luego se asesinan y se

entierran según el método prescrito. Y aun sus silenciosas tumbas que yacen dentro del alma humana, cada

una tiene su marca y su número.

Es un mundo perfecto; de maravillas; el más maduro fruto del jardín de Dios; el pensamiento rector del

universo.

Pero dime, ¡oh Dios!, ¿por qué tengo que estar allí, yo, semilla de pasión insatisfecha, loca tempestad que

no va en pos del oriente ni del occidente, aturdido fragmento de un planeta que pereció en las llamas?

¿Por qué estoy aquí, ¡oh Dios! de las almas perdidas? Dímelo tú, oh Dios, que te encuentras perdido entre

los demás dioses...

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo